

Meigas, pastequeiros y endemoniados

SENTIMIENTOS religiosos primitivos y oscuras supersticiones rigurosamente vigentes se unen a los inevitables aspectos crematísticos en las numerosas congregaciones humanas que en diversos pueblos españoles, y concretamente en muchos de la Galicia rural, buscan anhelantes en ciertos rituales y en determinadas prácticas exorcistas remedios para los males del cuerpo tanto como para los del alma, o, cuando menos, para los de la mente.

Para curar los distintos males físicos que el cuerpo puede padecer son muy diversas y muy profundamente arraigadas las advocaciones a que los creyentes pueden recurrir, y con un grado de tan alta especialización en cada caso que incluso un mismo santo, como San Benito, es invocado en la parroquia pontevedresa de Lérez cuando se trata de poner remedio a enfermedades de la piel en general (para lo que se acude al templo con la correspondiente ofrenda de aceite, con el que se untarán los miembros o partes enfermas); mas si se busca concretamente la curación de verrugas, entonces hay que acudir a la vecina parroquia de Paredes (en cuyo caso la ofrenda ha de llevarse en forma de huevos frescos).

Muchos de los que han estado al borde de la muerte y creen haber recobrado la salud merced a alguna intercesión milagrosa van a agradecerle su suerte al santo o a la Virgen de que se trate, metidos vivos dentro de los ataúdes que evitaron ocupar muertos. Entonces esta extravagante manifestación funeraria y religiosa se junta con la explosión de la fiesta pagana, que en los pueblos gallegos es siempre abigarrada, ruidosa y gastronómica.

Pero es en el ansia de curación de males no propiamente corporales, sino males del alma, por así decirlo, o enfermedades mentales, nerviosas, en último extremo, cuando la ceremonia y el espectáculo de esos individuos enfermos rodeados de muchedumbres que claman se arrodillan y se contorsionan ante las imágenes de su veneración, y los sacerdotes oficiantes se aparecen a nuestros ojos como un eco estremecedor de tiempos y costumbres que preferiríamos idos.

Diversas clases de ceremonias.—Subsiste, en efecto, entre nosotros, tal como se pone de evidencia en numerosas poblaciones gallegas, en distintas festividades a lo largo del año, un verdadero ritual de lo que hace siglos viene inten-

tando conseguirse, al parecer sin gran éxito: la expulsión del demonio del cuerpo de los individuos aparentemente invadidos y dominados por el maligno.

Estas ceremonias siguen prácti-

carácter más clandestino y pagano en otros lugares y oficiadas por oscuros personajes a los que no puede definirseles, aun en nuestros tiempos, más que con el nombre de brujos. No será esta una revela-

Daniel Sueiro

camente hoy no sólo en ocasión de determinadas conmemoraciones religiosas, dentro de los templos o en los atrios de las iglesias, en colaboración con los correspondientes ministros del culto, en cuyo caso tienen lugar en público, como parte primordial de las mismas, sino que también se celebran con un

ción de la que debamos enorgullecemos precisamente, pero en un momento en que historias como la contada en la película "El exorcista" escandalizan a América y a parte de Europa, será algo de lo que al menos se podrá hablar, y acaso sea oportuno hacerlo.

"¡Echalo fuera!, ¡échalo fue-

ra!".—Un pueblo en el que pervive la creencia en apariciones, en el que la alusión al diablo es común en las conversaciones cotidianas, que cree en la existencia de las "meigas" (brujas), es el mismo que se ha inventado la denominación de "meigallo" para asimilar a ella cualquier rareza o extravagancia en el carácter de las personas, de modo que desde aquella que carga con un temperamento taciturno hasta la que pudiera ser médicamente calificada de demente, pasando por la epiléptica, la histérica o la idiota, todas tienen, según el vulgo, el "meigallo", es decir, están endemoniadas o poseídas por el demonio.

Estos seres tristes y desgraciados, sobre los que la ciencia no ha sabido actuar con resultados satisfactorios, si es que ello fuera posible o si sus familiares se han acordado siquiera de la existencia de la verdadera medicina, son los que generalmente acuden o son llevados a las diversas festividades religiosas a besar los mantos de los santos, pasar de rodillas bajo los altares o las andas que transportan sus imágenes, entregar sus pobres o ricas ofrendas, que en muchos casos prenden con alfileres en forma de billetes de mil pesetas en las ropas de las veneradas y mudas figuras.

Algunos de estos enfermos acuden a los distintos santuarios sujetos por otras personas, o atados, y en ocasiones se desgañitan, en un momento dado, en gritos lastimeros o insultantes, cuando no en verdaderas procacidades y blasfemias, frente a las advocaciones de los que esperan y exigen remedio para sus terribles males, cual si retrocediéramos en el tiempo para asistir a una procesión medieval o a un acto de exorcismo inquisitorial. Entonces la gente que está a su alrededor, enfiebrece, insta con gritos y golpes a los presuntos posesos a que echen fuera el demonio.

¡Bótao fora!, ¡bótao fora!

Hasta que el enfermo, casi desvanecido, en medio del delirio colectivo, entre el calor y el polvo, acaba por vomitar. Pero sigue extendida la creencia de que sólo cuando arroja una negra bola de pelo, que ha de arder a la entrada principal del templo, se ha conseguido hacer salir al demonio del cuerpo.

Advocaciones más conocidas.—Una de las advocaciones más



Sentimientos religiosos primitivos y oscuras supersticiones se unen a los inevitables aspectos crematísticos.

conocidas como valedora de endemoniados es la Virgen del Corpiño, venerada en la parroquia de Santa Eulalia de Losón, cerca de Lalín, en Pontevedra. El día en que su festividad se celebra, todos los años, desde hace muchos, a finales del mes de junio, alienados pacíficos o peligrosos se concentran aquí, provenientes de diversas comarcas vecinas, con el fin de liberarse del maleficio y de los hechizos que los oprimen, mediante el contacto con el manto que cubre a la santa imagen, el revestimiento del paciente con determinada reliquia y exorcismos practicados sin parar, pasando el signo de la cruz sobre nuca y espaldas.

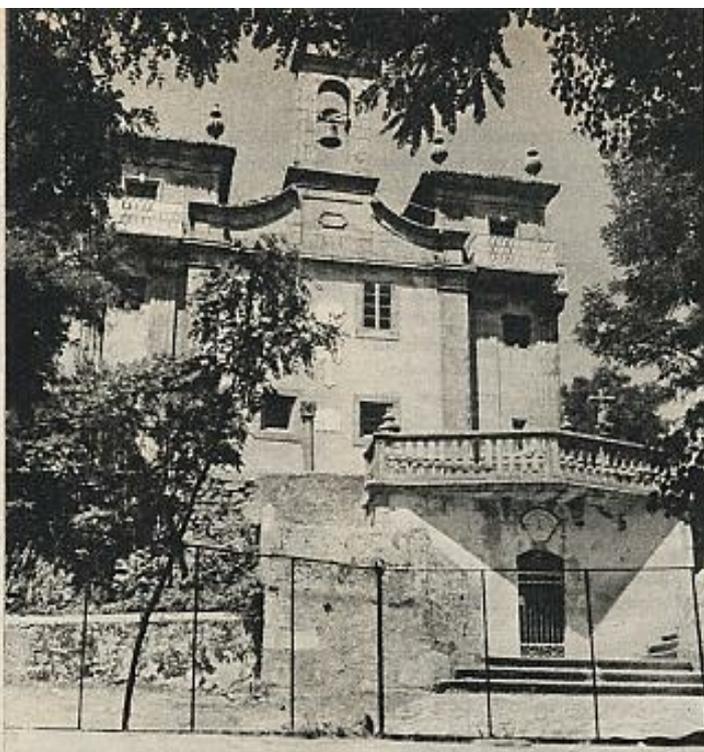
Cerca de medio millón de pesetas pueden recaudarse en esta romería, sumando los billetes de mil que la imagen lleva prendidos —y que la Guardia Civil custodia de cerca a lo largo del trayecto procesional—, con las dádivas que los fieles introducen por la ranura abierta en una de las paredes del templo, bajo la indicación de "Limosna para la Madre de Dios del Corpiño"; o bien las que depositan, en especie, en la pequeña edificación adosada al mismo, cuya puerta corona un gran letrero que dice simplemente: "Limosnas", e incluso las que ha de entregar el gentío que se acerca a la fuente de las "Aguas del santuario de la Madre de Dios", a fin de llevarse a casa una botella de estas aguas, que tampoco aseguran poder acabar con todos los males.

Esta advocación del Corpiño la remontan algunos hasta el siglo VIII, cuando los labriegos del lugar enterraron aquí el cuerpo, que encontraron incorrupto —y de ahí le vendría el nombre—, de un santo ermitaño devoto de la Virgen, que luego se aparecía milagrosamente a unos pastores, en el siglo XII, dando base a que la pobre ermita inicial se convirtiera en un santuario, hoy transformado en templo de corte neoclásico.

Conociendo el predicamento milagrero alcanzado en amplias zonas gallegas, un cura ignorante y audaz, llamado Villamerelle, encargó a un escultor a finales del siglo pasado una nueva imagen de la Virgen del Corpiño, que llevó a la parroquia de Grolos, en el Ayuntamiento de Guntín, en Lugo, "y tal maña se dio después —refiere el doctor Rodríguez López en su clásica obra *Supersticiones en Galicia*—, que todos los años aumentaban por docenas los endemoniados que iban a buscar a aquella iglesia su milagrosa curación por los exorcismos del cura..."

Histerismo colectivo.—Pero son otros muchos santos y santas los que en las diferentes comarcas y en distintas fechas han de presidir la repetida y grotesca ceremonia del exorcismo.

En la festividad de San Pedro Mártir, a finales de abril, por ejemplo, los devotos se dividen entre las



Una de las advocaciones más conocidas como valedora de endemoniados es la Virgen del Corpiño, venerada en la parroquia de Santa Eulalia de Losón, cerca de Lalín Pontevedra.

aglomeraciones típicas del convento de Belvis, en Santiago de Compostela, y las tan masivas y famosas de Ribadavia. Los aficionados a acudir a esta localidad orensana "conducen a enfermos afectados de supuestas influencias mágicas o preternaturales, que traen a viva fuerza y obligan a permanecer en el templo y cruzar por debajo del anda del Santo, jadeantes y sudorosos", como escribe Vicente Risco, quien encuentra grosero y vergonzoso que encomienden a este santo a "las histéricas dignas de atar, las posesas o endemoniadas, los animales todos, el mal de ojo, los envidiosos y toda caterva de trasgos y endemoniados".

En Moruña, Pontevedra, venía siendo Santa Justa la encargada de ayudar a expulsar al maligno del cuerpo de los pobres desgraciados que acudían a aquel santuario con tal objeto, muchas veces empujados a la fuerza por sus obsesionados y obtusos familiares. Claro que en otras ocasiones son los presuntos posesos los que fuerzan la excursión, como ocurre con muchos mozos y mozas que acuden al San Andrés de Teixido, cerca del cabo Ortegal, en busca de la "herba de enamorar", o los que van a la Franqueira, en La Cañiza, Pontevedra, para anudar la amorosa retama.

A mediados y finales de septiembre ven muchos otras dos buenas oportunidades para estos enfermos acudiendo primero a las romerías de Santa Eufemia, en Arteljo, cerca de La Coruña, y después, si no ha habido éxito, a la de San Campio, en la parroquia de San Ourente de Entines, Muros, en la misma provincia. "En la iglesia, pe-

queña y modesta —escribe en la actualidad el doctor Pérez Hervada, en *Curanderismo y superstición*, refiriéndose a la de Santa Eufemia— se apiñan los enfermos, exhortados y animados por sus familiares a que se libren de los torturadores demonios; gritos e imprecaciones surgen abundantes, y palabras fuertes y malsonantes se escuchan durante el sacrificio de la Santa Misa, hasta que los concurrentes se sienten anegados de una suave placidez que emana de fe tan extravagante".

Otro tanto ocurre en la conmemoración del San Campio, mártir cuyos huesos fueron traídos al parecer desde Roma, en 1725, para ser recubiertos de cera en una figuración humana tan perfecta que, según aseguran algunos, su barbado rostro ha de ser afeitado a menudo; cuerpo céreo que hoy yace en su urna vestido con un uniforme militar, más de general de opereta que de centurión romano, visión que estará lejos de resultar tranquilizadora para cualquier pobre enfermo de los nervios o de la mente, de los muchos que acuden en busca de su amparo.

El papel de los brujos.—Aún hay en Galicia otros lugares a los que peregrinar, otros santos a los que encomendarse para el caso de estar endemoniados. Son Santa Comba, es decir, la santa patrona de Santa Columba de Bértola, y San Ciprián, lo que es lo mismo que San Cipriano, patrón de Tomeza, ambos lugares cerca de la ciudad de Pontevedra.

Pero así como hasta aquí eran, de un modo u otro, los propios

sacerdotes, como herederos de prácticas exorcistas seculares, rigurosamente ortodoxas y sagradas en otros tiempos, los que colaboraban en el ritual al calor de la festividad religiosa propia de cada caso, lo que ocurre en Santa Comba y en San Ciprián, en Bértola y Tomeza, se sale literalmente fuera de las puertas de las iglesias, y en sus peculiares ceremonias intervienen ya unos ministros laicos, oscuros e inquietantes, a los que desde ahora podemos considerar como verdaderos hechiceros, como modernos brujos.

Los "pastequeiros"

Es una vieja tradición cuyo origen nadie parece conocer. En realidad son pocas las personas que hoy están dispuestas a hablar de esto. ¿Cómo admitir que se cree en la existencia de brujos?, ¿cómo admitir que se les conoce perfectamente porque su fama traspasa todas las ocultaciones o sencillamente porque son nuestros vecinos? Y, sobre todo, ¿cómo admitir que acudimos a ellos con la esperanza de que alejen de nosotros o de nuestros familiares los demoniacos fantasmas que nos atormentan?

Estos personajes no tienen nada que ver con las míticas y famosas brujas gallegas, las de la escoba y el aquelarre, acerca de cuya existencia decía aquel viejo cura rural, en respuesta a la curiosidad de un feligrés: "Haberlas, hailas, pero no hay que creer en ellas". No, en estas brujas y en estos brujos hay que creer porque tienen existencia física real; no vuelan, pero hablan gallego; tienen nombres propios, aunque carguen también con sus correspondientes apodos; tienen domicilio fijo, y se puede esbozar un retrato bastante justo de sus fisonomías y de sus procedimientos. Algunos aún viven y actúan en nuestros días.

Hay testimonios acerca de su existencia desde mediados del siglo pasado, en una zona muy concreta de la provincia de Pontevedra, y se duda únicamente de si aparecieron remendando primitivos rituales americanos, conocidos por ellos a través de la emigración; si sus prácticas son filtradas por la cercana frontera portuguesa o si, lo que es más probable, resulta una creación original e inevitable en un clima de superstición e ignorancia.

Son conocidos con el nombre de "pastequeiros" —o "pastequeiras", puesto que existen mujeres dentro del gremio—, y usan como prácticas curativas las del "pasteco", contracción simple y vulgar de dos palabras latinas, de claras resonancias eclesiales, como *Pax tecum*, es decir, *la paz sea contigo*. Semejante denominación quiere indicar bien a las claras la tarea apacigua-

Meigas, pastequeiros y endemoniados

dora, liberadora de los malos espíritus, que estos personajes se han encomendado con respecto a las personas que acuden al ámbito de su influencia. Tienen, pues, más de hechiceros que de simples curanderos, y su relación o sus conflictos serán más evidentes ante las puertas de la iglesia que frente a la ciencia médica, aunque también entre a veces en sus prácticas mandar a sus clientes a las farmacias, invadiendo así tanto el campo de los saludadores como el de los sacristanes.

Recurso para desahuciados.—La zona de influencia de los "pastequeiros" apenas sobrepasa históricamente los alrededores de Pontevedra: Tomeza, Bértola, Marín, Cangas, Sanxenjo, Puenteáreas... Heredan sus conocimientos y habilidades generación tras generación, o bien son asimilados astutamente por el vecino o el criado del que muere sin continuadores en la propia familia, para hacer suya luego la misión y también el negocio. Puesto que así como algunos de estos "pastequeiros" son movidos por una auténtica caridad hacia el prójimo, o incluso por un misticismo de raíz supersticiosa, la ma-

yoría eligen el "pastecco" como una verdadera profesión, de la que hasta hace poco tiempo se podía vivir bien.

Muchos de esos pobres enfermos, nerviosos o mentales, histéricos, epilépticos, idiotas o locos declarados, de cualquier sexo y de todas las edades, que hemos visto recorrer los santuarios de advocaciones milagreras, como los del Corpiño, Belvis, San Campio, Santa Eufemia, etc., tratando de que les arranquen del cuerpo el mal que los atenaza, acaban por visitar en sus propias casas a los "pastequeiros", si no han empezado por ellos su grotesco e inútil peregrinar. Esto último suele ocurrir concretamente con la mayoría de los "embrujados" o "endemoniados" que acuden a curarse a San Ciprián y Santa Comba, en las cercanías de la misma Pontevedra, el 31 de diciembre esta última festividad, a donde indefectiblemente dirigen a sus pacientes los brujos de la zona, acompañándolos ellos mismos a veces para conjurar a los demonios en las cercanías de la iglesia, cuando no puede ser en su mismo interior o en el atrio, o bien en el cementerio u otros lugares por el estilo.

Grotesco ceremonial.—Los exorcismos se efectúan la mayoría de las ocasiones en el propio domicilio del "pastequeiro", y de ellos forma parte importante el recitado cabalístico de latines entreverados de gallego, eco en algunos casos de los mismos que suelen oírse en

la liturgia clásica, o más bien aprendidos del famoso "Cipriánillo" o "Libro de San Cipriano", un libro originalmente nunca escrito y por lo tanto, inexistente, pero del que se han ido inventando numerosas y caprichosas copias, circulando en un tiempo como una especie de Biblia de las ciencias ocultas, y que en manos de un ignorante puede convertirse en un talismán, contando con la mayor ignorancia de los demás.

Junto con los latines, el empleo de elementos como rosarios, medallas e imágenes diversas; la imposición de estolas; la utilización simbólica de la piedra del ara y de otras reliquias, así como el uso de incienso y mirra, denotan bien a las claras las vinculaciones religiosas que pretenden conservar estas prácticas profanas.

El desgraciado que acude al "pastequeiro" para que lo libere de los malos espíritus y lo deje en paz consigo mismo, ha de empezar por llegar a la consulta con el obsequio de tres cuartillos de vino y tres piezas de pan, según antigua práctica, aunque no seguida unánimemente por todos los profesionales. Los hechiceros aficionados a la bebida, que son la mayoría, se toman su merienda al final de la ceremonia, en compañía de los asistentes, familiares del paciente, pero a éste le está vedado probar bocado, ni de pan ni de vino, y la parte que pudiera haberle correspondido es llevada al cementerio con destino a las ánimas. El modesto festín no

excluye la parte que haya que abonar en metálico.

Un célebre "pastequeiro".—La figura del "pastequeiro" que con mayor relieve sobresale en los tiempos modernos entre todas las demás es la del célebre **Garamillas de la Ramalleira**, con su centro de actuación en Tomeza, a escasos kilómetros de la capital pontevedresa, siendo también conocido su habitual desplazamiento a las romerías de Santa Comba y de San Ciprián, para trabajar al aire libre con todo el calor del espectáculo popular. Heredero de las artes de su padre, el **Valja de Bértola**, así como de **Santiago Rial**, al que viene atribuyéndose la iniciación en la comarca de tan viejas prácticas bruñeras, sobresale por fama y habilidades entre todos los profesionales de su época.

Analfabeto y de buenos sentimientos, "bizco, con la cara llena de arrugas y algo zarabeto al hablar", lo describe el doctor Lis Quíben, la persona que más directa y pacientemente ha estudiado este insólito fenómeno galaico. "Para trabajar en su casa —sigue diciendo en su obra sobre **La Medicina popular en Galicia**— tiene colocado sobre una mesa, en una sala dedicada al efecto, un San Cipriano de madera de unos 20 centímetros de altura, y, al fondo, colgado de la pared, un crucifijo, también de madera, de unos 40 centímetros de altura. Frente al primero coloca al enfermo de rodillas y le cuelga al cuello una estola y una cruz de Caravaca, y con otra igual que él tiene en la mano, le hace cruces sobre la cabeza y le dice la oración principal...".

Hechiceros y hechicerías modernos.—El **Manso de Tomeza** aparece en esta historia como otro buen elemento. De la rama pastequeira de los **piscos**, igualmente analfabeto, borracho habitual, le viene el apodo precisamente de su carácter pendenciero, duro y violento, como lo vio y lo retrata el mismo doctor Lis, lo que le hace temible en todo el pueblo. Para su ritual exorcizante, según el mismo autor, coloca igualmente al enfermo de rodillas y le cuelga del cuello una estola y la típica cruz de Caravaca, de dobles brazos, a la vez que con otra igual hace repetidamente la señal de la cruz sobre su cabeza, pronunciando nueve veces seguidas estas mágicas palabras:

"Abernuncio us Pasteco con espíritu tuas e de laboratorios sanates cues justó Nazareno, Hijo de la Virgen María, quita o teu pautco corpo da hechicería".

El uso de la estola y la cruz de Caravaca, así como la repetición de la palabra **abernuncio**, entre otras ininteligibles, constituían los mejores y casi únicos recursos de otro



Misa al aire libre durante una romería.



En las capillas de los templos abundan los exvotos u ofrendas milagrosas.

LIMOSNAS

Nra Sra.

BUEN PARTO

brujo o "pastequeiro" del mismo lugar, seguidor del **Manso**, llamado **El Macolo de Tomeza**. Había muerto ya cuando el doctor Lis Quiben nos lo retrata: "analfabeto, de gran estatura y rostro cetrino; su conversación estaba saturada de incoherencias y palabras entrecortadas, y al hablar hacía unos gestos impropios de un hombre normal, que, unido a su aspecto general de sucio y repugnante, lo ponía en carácter para el desempeño de su cometido".

Al **Estevo de Marcón** lo pinta como "serio y formal, de temperamento religioso, diciendo que él no cura a nadie, que quien lo hace es Dios y los Santos". El fenómeno de la sugestión lo habría conducido a obtener algunos éxitos en su trabajo, del que desechaba la estola, prefiriendo las medallas y las enseñanzas de un pequeño libro titulado "Nuevo manojo de flores del P. Fr. Buenaventura Tellado"; rechazando asimismo el pan y el vino como pago de sus actuaciones.

Brujas o mujeres "pastequeiras".—De las mujeres "pastequeiras", las más notables son **Dolores**

"**la Muñías**" o "**la San Cibrana**", en la parroquia de Marcón, y **Rosa de Mirón**, en Tourón, Puente Caldelas. Menos rastros quedan ya de las que trabajaron largo tiempo en Plas, cerca de Puenteáreas, o en Noalla, parroquia del Ayuntamiento de Sanxenjo.

A **Dolores "la San Cibrana"** la conoció el médico gallego ya citado cuando contaba setenta y ocho años; también analfabeta, "de aspecto sucio y repugnante, con su cara cetrina cruzada de arrugas y su pelo desmelenado, tiene el aspecto de una bruja". Era jornalera y le hacía los avíos a un viejo "pastequeiro" llamado **José o Maneco**, que antes de morir le enseñó lo poco que ella no supiera ya y le cedió los trastos. "Sus honorarios son modestos, y para ella todas las enfermedades son una sola: el 'meigallo', que obedece a que los espíritus de los muertos se meten en los cuerpos de los vivos".

La **Rosa de Mirón**, fallecida en los años cuarenta, aparece como una mujer "delgada, alta y de muy mal humor", amén de hábil y astuta. Aprendió de su madre las artes hechiceras, siendo aún costurera,

hasta que se retiró de la aguja y del dedal para llegar a convertirse en "la bruja de más popularidad en toda la comarca". Los días de feria llegaba a trabajar hasta Pontevedra, y entre sus prácticas curativas más temidas estaba el encargo que solía hacer de rezar el rosario y asistir a Misa gran número de veces, hasta mil, en ocasiones. "Y cuando se trataba de un buen cliente —añade en su obra el doctor Lis Quiben—, hacía hincapié en que había personas encargadas de hacerlo (oir las mil Misas), y entonces aquél le abonaba a ella su importe, con una cantidad variable según los casos, y se encargaban de oír las unas viejas del barrio de la Moureira, de Pontevedra, a las que en un principio les abonaba Rosa 15 céntimos por cada una, y después 25.

Profesión en decadencia.—Amén de constituir un medio de ganarse el pan, a veces literalmente, como se ha visto, y de sentirse rodeados de un oscuro prestigio, de una aureola de misterio y temor, hoy más palpables que nunca para todo forastero no necesariamente endemoniado que se acerque a cu-

riosear a la comarca, a la profesión de "pastequeiro" se llega también empujado por un temperamento místico más o menos desviado, como en el caso de **José del Amor**, de Marcón, una vocación religiosa frustrada, unida a una pobre salud física, o bien a causa del continuo y acaso enfermizo contacto con ceremonias aleccionarias, puramente litúrgicas, como en los casos de **José Carracelas**, que antes de hacerse "pastequeiro" había sido durante muchos años sacristán en las parroquias de Marín de Arriba y de Abajo, o del **Concho de Santa Comba**, otro sacristán de gran fervor religioso, también analfabeto, y además cojo, el "pastequeiro" de menos categoría de todos para Lis Quiben.

Del sacristán Carracelas aprendería sus mañas **Juan el Portugués**, otro brujo que fue muy popular en Marín. **Perfecto de Rodeira** aparece como el brujo perteneciente a Caldas, así como otros muchos en localidades más o menos cercanas.

La profesión está en franca decadencia, aunque —por lo que parece— no corre peligro de extinción.

■ D. S.